

UNDECIMO TRIMESTRE.

CAPILLADA 220.

7 de febrero de 1840.

FR. GERUNDIO.

LA CAÑA

Y EL GORRO COLORADO.

Ya se vé; si dá uno en pensar en cosas tristes es capaz de acabarse en cinco dias como la otra (que no siempre ha de ser en cuatro). Por eso yo Fr. Gerundio, que no tengo gana de acabarme tan pronto, hago estudio de no detenerme en la contemplacion de los sucesos lastimosos que han te-

nido lugar en la sangrienta batalla de los cinco días. Así es que cuando me asalta á la imaginación el cuadro que ofrecen tantos progresistas á quienes el delito de serlo les ha valido las cárceles, los destierros y castillos en que aún continúan, no puedo menos de exclamar: «*si possibile est, transeat á me calix iste*: si es posible, apártese de mí cuanto antes este caliz de amargura.» Y cuando se me representan los incendios de las fábricas y cafés hechos por los progresistas de Cataluña en el Hospitalet y el Llobregat solo por el delito de ser retrógrados sus dueños, esclamo también lleno de dolor: «*si possibile est, transeat á me etiam iste alius calix*: si es posible, apártese también cuanto antes de mí este otro caliz.»

Y efectivamente pégo un puntapié á todos estos vasos de amargura, los echo á rodar con dos mil diablos mas que se hagan doscientos mil añicos, y me pongo á pensar en anecdotillas menos trascendentales y mas chuscas. En efecto yo siento una especie de *delicitation morosa* en recordar lo desiguales y desarreglados que andaban los relojes el dia del nombramiento de las mesas; pues sucedió en muchos pueblos que cuando por el reloj de villa eran ya las diez dadas y hora de cerrar la votacion, si el presidente de la mesa era retrógrado, tenía todavía su reloj las nueve y cinco; y daba el de villa las once, y el del presidente no tenía aún las nueve y veinte. Y cuando el reloj de un presidente progresista tenía las diez y mi-

nutos, como era día de fiesta y los canónigos tenían misa larga, daba el reloj de la catedral las nueve y cuarto. De modo que aquel día no era posible saber la hora verdadera: y era que á los relojes se les habia hecho tambien tomar parte en la cuestion electoral, y en todos habia andado el minuterero á impulsos de la uña hácia atras ó hácia adelante segun la opinion del elector.

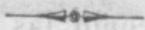
Pero una de las cosas que me han hecho mas gracia es una especie de *Ecce homo* que se apareció á la puerta de la casa consistorial de Laredo al tiempo que se iba á votar. Tenia *una caña* en la mano como la que pusieron los judios á Cristo por ignominia, y á la punta superior de la caña introducido por una hendidura un papel como si fuese la sentencia de Pilatos. Solamente que en lugar de corona de espinas en la cabeza, tenia *un gorro colorado* por el estilo de los *gorros frigios* que adoptaron los republicanos franceses en la revolucion de 1793, y con que decoraron la frente de *la Libertad*, cuyos gorros quisieron muchos resucitar, aunque sin séquito, despues de la revolucion de julio de 830. Él fué tambien el signo del establecimiento de la libertad en Suiza, como que el gobernador puesto por el emperador Alberto, el feroz GESSLER, hizo levantar en la plaza pública de Altorf *el gorro ducal* de Austria para que todo el mundo le rindiese acatamiento y homenaje, hasta que Guillermo Tell libró á sus paisanos de tan humillante obligacion.

Dábales en qué pensar á los electores de Laredo la presencia de aquel indefinible *Ecce homo*, misto de sagrado y profano, y revestido de tan inconexos y aun opuestos emblemas. Y á la verdad no era para menos. Hasta que algunos se resolvieron á acercarse, y encontráronse con que el papel que parecia sentencia de Pilatos, era una alocucion á los electores con su candidatura sanjuanista al pie: que es á cuanto puede llegar la injeniatura de los partidos,

Pregúntanle ahora á mi Paternidad los Laredinos qué nombre podrán dar al elector *Ecce homo* de tan estraños signos; y mi Paternidad cree que ya que *el gorro colorado* no fuese símbolo del republicanismo como era de creer, sino que representase el color de *cangrejo cocido*, podrá llamársele *elector cangrejo*. Mas todavia encuentro que le estará mejor aplicado el nombre de *elector calabaza*; y me fundo en que hay en Francia una especie de *calabaza*, á la cual llaman *gorro de elector, bonnet d' electeur*. De consiguiente á un elector *con gorro de elector, avec bonnet d' electeur*, paréceme que ningun nombre le cuadrará mejor que el que ello mismo significa, *elector calabaza*. Sin embargo ellos pueden darle el que quieran, que á Fr. Gerundio no le toca mas que reirse de estas cosas.



EL INSTITUTO ESPAÑOL. (1)



Gracias á Dios que en España se crea, establece ó constituye una cosa española que se llama *española*. Porque ya me duele el tambor auricular de oír, y se me resiente el nervio óptico de ver en cada calle de Madrid, y en cada tienda y cada portal de cada calle una muestra ó tablon pintado de media legua de longitud y cien estadales de latitud con letras de seis palmos que dicen: MODISTA DE PARÍS; PASTELERÍA SUIZA; PELUQUERO FRANCÉS: FÁBRICA DE SOMBREROS FRANCESES. En la Carrera de S. Gerónimo se han establecido hace poco unos jardineros, que diz que traen de Paris y aun de

(1) La sociedad científica, artística y literaria que lleva ahora este nombre, empezó por poco como la faccion de Cabrera y como la que ha vuelto á levantar ahora en Vizcaya el cabecilla Lequina. Llamábase entonces *Academia literaria*. No prosperó en algun tiempo; antes llevaba síntomas de acabar por consuncion: hasta que se puso á su frente el que es ahora su presidente, Marqués de Sauli, que con sus incansables esfuerzos, y reuniendo en su derredor á varios literatos y artistas, ha logrado á costa de sacrificios darle un gran impulso, en términos de ser en el día un establecimiento de los mas brillantes de la corte. Está dotado de muchas cátedras de todas clases, y cuenta en su seno socios de un merito distinguido en ciencias, literatura, artes y comercio; y si no desmayan en la laudable obra que han emprendido, el *Instituto Español* deberá dar desde luego resultados muy utiles para la ilustracion del país.

mas allá no solo las semillas, las flores y los arbustos, sino hasta los ciruelos y los naranjos ya grandes, ramosos y crecidos, y casi casi con el fruto maduro. Pero como las partidas de bautismo de esta hortense familia no vienen firmadas por el párroco y legalizadas por tres escribanos, no hay sino poner al naranjo un rotulito que diga *Le gran oranger de Paris*, y al ciruelo *Le bon prunier de Versailles*, y aunque el naranjo sea natural de Lorca, y el ciruelo oriundo de Hortaleza ó de Carabanchel, el murciano y el castellano nuevo pasarán por de París ó de Versalles, y se pagarán un doble de lo que valen, y queda la gente tan contentita con el *oranger* y el *prunier* como si hubiera hecho dos grandes adquisiciones.

Al lado de la celda que antes habitaba mi paternidad vivía un *panadero francés*; me mudé; y ahora frente por frente del balcon del despacho gerundiano hay una *silleria francesa*, con cuyos trebejos se ocupa á las veces mi propio portal. El otro día me trajo Tirabeque unas pajillas para escarbar los tres únicos dientes y la muela y media que la edad y las pesadumbres me han dejado, y en la cubiertita de papel se leía: «*A Paris; chez Mr. Robire, rue Saint Pierre.*» Circulaban la noche pasada por el Liceo unos caramelitos envueltos en papelejos, con sus estampitas que representaban dos trastuelos (es decir, trastuelo y trastuela) dándose un beso, y debajo decía: *Le baiser de l'Amour*. También llegó á mis gerun-

dianas manos, españolas de nacimiento, otro dulcecito de figura tónica muy rebujadito en un papel azul con su cancioncita francesa puesta en música, y atado con una cintita color de caña, que lo mas cerca lo mas cerca debería ser de Marsella. Partí el dulce con una hermanita que cerca de mí estaba: y á mí me parecióroso y á ella tambien; pero luego que le dije que era de una confitería de París me aseguró que la iba dejando en el paladar cierto gustillo muy sabroso que hasta entonces no había percibido; y á mí me fué dejando ella cierto saborcillo á coqueta y atontuela que tampoco había percibido hasta entonces.

El dia menos pensado hemos de ver en los puestos volantes de agua que se colocan al rededor del Prado, que en lugar de leerse como ahora: *Agua de la fuente del Berro*, hemos de leer: *Agua de las Tullerías*. Lo cual no haria sino consonar con el nombre de *París* que sin pudor se sigue dando á una de las calles, la peor y mas incómoda por cierto, del paseo. Y no desconfío de ver en algun puesto de leche de los muchos que hay por las mañanitas, *Leche de cabras francesas acabada de ordeñar en París en este mismo dia*. Pero la cosa de *París* que ahora llama mas la atencion en la capital de España es la famosa PASTELERÍA DE PARÍS, sita en la misma Carrera de S. Gerónimo, escándalo y dentera de españoles famélicos, insulto del hambre pública, é inevitable pie y fomento de odiosas

comparaciones: Pues así como decía el Padre La-Madrid que de las *camisas de Holanda* se pasaba á los *Países Bajos*, casi de la Pastelería de París se pasa á las Pastelerías de Madrid, y de los pasteles de la Carrera de S. Gerónimo se pasa á los pasteles de los ministerios; y oýense cosas que oírse no debieran. Y como está en un sitio tan público, con tanto lujo, y se presentan á la vista los mejores y más delicados artículos de bucoílica (al menos en la apariencia), siempre y constantemente hay allí grupos de curiosos espectadores, de estos que ya que no puedan recrear por efecto de ciertas Reales Órdenes el sentido del gusto, se consuelan con recrear la vista y el olfato; y en estos tiempos de *olébis non catábis*.

— El objeto que en dicha Pastelería del París de Madrid está excitando días há la expectacion y aun la admiracion pública, es un respetable, venerando y robustísimo NABO, colocado entre cristales junto al Queso de Italia, las *Salchichas de Amsterdám*, y otros artículos de *patisserie* (pastelería). Es un nabo gigante, un pleonasma, una hipérbole de nabo; un nabo en fin (*sí licet in parvis, exemplis grandibus uti*), Mendizabalesco. No tiene rótulo, ni de letras de oro como las demás cosas que están junto á él, ni de otra clase; y no sé cómo el Director de la Pastelería, ó el Gefe de Sección á quien pertenezca, ha caído en semejante penuncio. Pues aunque yo supongo que es un nabo tan gallego como el general Sanz ó como D. Diego Lo-

pez Ballesteros el Director de Amortizacion, nadie les quitaba haberle puesto *Nabo de Laponia*, á cuya idea ayuda y favorece su color: y debajo un estractillo diciendo: «Este es el *Chou-navet de Laponie*, introducido en Inglaterra por *Arthur Young*, y en Francia por el célebre jardinero *Sonnini*.» En la cual no dirian mas que la verdad, si hemos de dar fe á lo que cuenta *Mr. Tollard*, hombre entendido en materia de nabos. Con esto habia español qué tomaria con el mayor gusto el *gran nabo* á peso de oro. Pero como le falta el rótulo, y las gentes le tendrán por nabo del pais, allí se está muy limpio y muy mondadito, pero sin venderse, al menos hasta la hora en que yo escribo esto.

Hasta el *Diario de Madrid*, hasta la *Gaceta del Gobierno* del miércoles en el artículo MÁSCARAS (de *Máscaras* trata la *Gaceta*, si señores; pero también de *elecciones*), recomienda el baile de ellas que se tenia aquel propio dia en la *Academia Filarmónica Matritense*, y dice para hacer su recomendacion: Una numerosa y escogida orquesta «tocará los walses y rigodones mas modernos, y «que de *París* acaban de venir para esta corporacion (1). El ambigú será servido por el acreditado *Mr. Genieys* (2).

(1) Esta corporacion se titula *Matritense*. Son socios de ella los mejores profesores músicos de *Madrid*; y sin embargo para hacer los bailes de *Máscaras mas elegantes*, se hacen venir walses y rigodones de *Paris*. «¡Ah España, España! *Quæ te locura moderna & ...?*» = Iriarte.

(2) Fondista francés.

Me viene grandemente haberme acordado de la *Academia filarmónica*; por que ya me iba extraviando del objeto de este artículo, y como esta sociedad está en la calle de Toledo precisamente en el mismo edificio en que está el *Instituto Español*, es la ocasion de volver al punto de donde partí, y acá me entro que llueve.

Llovía en efecto, y no poco, la noche del lunes 3 del corriente; item mas, hacía un viento frio de *bolina* como dicen los náuticos que nos soplabamos las uñas los hombres de tierra. Pero digo mal *los hombres de tierra*; los *hombres de lodo* debí decir, porque habia un lodo tan denso, abundante, crecido y pegajoso en las aceras de las calles, que las falúas de los pies encallaban en ellas como si fuesen bancos de arena, y solo á fuerza de remo y vela lograba uno desprenderlas y navegar por las dichas calles de Madrid: porque la dichosa policia urbana debe haber naufragado en el oceano de los cuidados municipales que inundan al Escelentísimo Ayuntamiento de la muy Heróica y re-mui Sucíísima villa. Sin embargo era preciso arrostrar por todo, y cerrar los ojos como el gobierno en las elecciones, marchar firme y resueltamente por entre las ilegalidades de los barrancos, atropellar por piedras y lodazales como quien atropella por leyes, y ganar la calle de Toledo aunque fuese contra viento y maréa como quien se propone ganar una votacion. Porque aquella noche se estrenaba para la primera sesion

de competencia el *gran salon* del INSTITUTO ESPAÑOL. La sesion iba á ser semi-regia, y no era de perder; cuanto mas que yo tenia una cuasi-necesidad de ir.

A pesar del inícuo comportamiento de los elementos aquella noche, cuando mi impertérrita y muy reverenda persona llegó al *Instituto*, encontré ya todos los departamentos llenos á tute bonete de impertérritos é impertérritas que me habían tomado la delantera. El salon estaba hecho una gran colmena de elegantes; las piezas contiguas y las de descanso poco menos; los tránsitos de unas á otras obstruidos; y si llega el caso de que las escuadras Anglo-Rusa y Turco-Egipcia se pongan tan en contacto como estábamos nosotros en aquellos Dardanélos, los resultados han de ser un poco lastimosos. Sin embargo los de aquella noche fueron tan felices, que nuestros padres pudieran tomar de ellos un motivo justo de envanecimiento, pues cuando nadie reventó es prueba de que supieron enjendrarnos á prueba de estrujones. Dicen que en Inglaterra y en Francia el gran tono en esta clase de reuniones es que las jentes lleguen hasta el portal; las cuales cuando vuelven á casa dicen que ha estado muy bueno, y que se han divertido á satisfaccion. Yo lo que puedo decir con respecto á España es que en semejantes casos todo el mundo está rabiando y dado á Satanás, y que á esto lo llaman barullo, cuando no lo den otro nombre peor sonante.

Allí el que cogía una silla era feliz; y tube el sensible placer, ó sea el sentimiento placentero de ver á los hermanos Martínez de la Rosa, Someruelos, Galiano, Vallgornera y otros ministros caídos, toda la noche en pié, y siempre en pié; que no parecia sino que el objeto del convite habia sido el de que empezasen á purgar el tiempo que se han llevado demás sentados en otras ocasiones y en otros sitios. Y en efecto que aquella noche debieron echar mucho de menos la comodidad de las poltronas, porque ví el ansia y buen deseo con que Someruelos aprovechó una cuarta parte de silla que vacó precisamente junto á mí mismo, de modo que vinimos á estar codo con codo. En mi mano estubo, ó por mejor decir, de mis asentaderas pendió el dejarle cesante y sin colocacion, si hubiera querido. Pero yo fuy tan generoso que olvidándome que por este mes hace dos años me dejó él cesante sin mas que porque se le antojó, en lugar de tomar venganza me estreché para hacerle sitio, dándole en esto un ejemplo de caridad que no sé si él comprendería.

Otro asiento vacó delante de mí; pero por mas activo y diligente que andubo para tomarle un benemérito coronel que allí habia, al tiempo de irse á sentar le dió un empujoncito un oficial ex-facioso de los del convenio de Vergara, le asaltó la silla, la ocupó muy santamente, y el coronel tubo que aguantarse y callar. ¿Qué habia de hacer? De esto tenemos que ver mucho. A mi no me sor-

prende, porque hace largo tiempo que lo estoy viendo venir.

El salon principal, por lo poco que de él pude ver, me pareció bastante bien arreglado. Y aunque no tengo noticia de que la comision de su arreglo se hubiese dado á ningun canónigo, como la dió la *Sociedad filarmónica de Barbastro* al canónigo *Alaga* en union con *D. Jaime Munteis* para el concierto que celebró la noche del 4 (ya ven vds. señores, que la noticia no puede ser mas fresca, y que los canónigos entienden de mas que de votar, y de cantar en el coro), se conoce que tambien intervinieron en ello manos inteligentes. La orquesta me pareció bastante buena, y las partes cantantes correspondieron á lo que de ellas habia motivo para esperar. Aunque en las sesiones de competencia de esta clase se alterna siempre entre las piezas de música y canto, y composiciones que leen los individuos de la seccion de literatura, aquella noche nadie leyó, porque cualquiera que se hubiese subido á la tribuna hubiera sido un *S. Pablo* predicando á los de Efeso; no digo que hubiera predicado en desierto, porque lo que sobraba era poblacion. Y tanto sobraba, que pienso que habria para cada silla tres ó cuatro acreedores. Estaba respectivamente como el hospicio de *Mondoñedo*, donde cada ama de cria tiene á su cargo la lactancia de tres chiquillos agenos, y algunas ademas uno propio, con el aditamento de no haber con que pagarlas, que asi están entre

nosotros los establecimientos de beneficencia, y quien ve el de Mondoñedo ve los demas.

En el hecho de haber tanta gente, que calcúlo yo que no bajarían de mil almas de uno y otro sexo (si sexo tienen las almas) sin contar los cuerpos francos que andaban por fuera de muros, natural era que á pesar de la frialdad de la noche se asáran vivos los allí encerrados. Asi era en verdad, en términos que les faltaba ya la respiracion. Era preciso pues proveer de remedio; y era preciso improvisarle en el acto, porque como buenos españoles los que aquello habían dispuesto, no habían previsto lo que por necesidad tenia que suceder. El único remedio era dar algun respiro por los balcones, pero los balcones no se podían abrir. Abriéronse, sí, unos postiguitos que como balcones antiguos á la parte superior tenían, pero topábase con las vidrieras, y nada se adelantaba, porque el apetecido ambiente no podia entrar. Discurrióse entonces hacer una accion heróica, alejandrina. Pues asi como Alejandro Magno al hallarse con el embarazoso estorbo del nudo gordiano en el templo de Apolo en Frigia, dijo aquellas célebres y ya manoseadas palabras: «lo mismo dá cortar que desatar;» asi se dijo en el *Instituto Español*: «lo mismo dá abrir que romper.»

Armóse pues el *Secretario general de la corporacion* de un largo varapalo, y como aquel que vá á sacudir telas de araña ó á guisa de mancebo de comercio que procedé, llegado el anochecer, á des-

colgar muestras con la horquilla, atravesó con im-
 proba trabajo por las apiñadas filas de la respecta-
 bilísima concurrencia, y llegando á uno de los
 balcones..... trís, trás; comenzó á romper cristia-
 les con el varal, y ganancia para los vidrieros.
 Motejaban algunos el que el secretario ejecutase
 por sí mismo aquella operación, pero yo les hice
 ver la sinrazon con que lo censuraban, pues ade-
 mas del citado ejemplo del Gran Alejandro que
 no se desdeñó de cortar por sí mismo la atadura
 de un yugo de carro hecha de cuero de buey, que
 no puede darse cosa más vulgar, ni era mas que
 esto el famoso *nudo gordiano*, les espuse tambien
 el ejemplo del arzobispo de la metropolitana igle-
 sia de Santiago (citada tambien por mí en la últi-
 ma capillada). Pues hay, según tengo entendido,
 en aquella catedral una puerta que está cerrada á
 cal y canto, y solo se abre en los años que llaman
santos con solemne ceremonia, en la cual el arzo-
 bispo vestido de pontifical, tomando en la mano
 un pico especie de azadon, es el que da por sí
 mismo la primera picada en la puerta que se ha
 de abrir. Con tan insignes ejemplos tomados de
 tan elevadas personas pienso que lejos de hallarse
 impropia la accion de romper las vidrieras con el
varapalo mi amigo el secretario del Instituto, apa-
 recerá una accion heroica y sublime, tanto por el
 modelo eclesiástico metropolitano, como por el
 guerrero alejandrino.

No se cantaron todas las piezas anunciadas en

el programa: algunas se anularon como si fuesen
actas electorales hechas contra ley. Y se sintió
mucho la supresion de un terceto, que hubo que
anular porque al hacer el escrutinio de los papeles,
no se encontraron; lo cual produjo allí una con-
moción semejante á la anulacion del acta del dis-
trito de Zorita en la junta general de escrutinio
de Cáceres. Si el presidente de la sesion del Ins-
tituto hubiera sido como mi amigo el gefe político
de aquella provincia, hubiera desde aquel momen-
to mandado disolver la junta sin reparar en si
quebrantaba ó no en ello la ley. Pero como allí
no se obraba por espíritu de partido como en la
junta de Cáceres, continuó pacíficamente la sesion
hasta que llegó su fin natural, como le llegó á es-
te artículo y nos ha de llegar á todos, escepto al
que se le anticipe un fusilamiento como me temo
que le ha de suceder al célebre *Aviraaeta*, si el
duque de la Victoria averigua que llevaba planes
de conspiracion. El Señor disponga de él lo que
mas le convenga.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRENTA DE MELLADO.